

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON ANDRES  
ARAMBURU MENCHACA

*(Sesión Pública del 14 de diciembre de 1983)*

EL PERIODISMO COMO LITERATURA Y COMO  
MAGISTERIO

*Por Andrés Aramburú Menchaca*

Señores Académicos  
Señoras y Señores:

Es para mi un privilegio ocupar el sillón al que dio tanto lustre don Oscar Miró Quesada de la Guerra. Debo asimismo proclamar que mi satisfacción se acrece por una absoluta coincidencia entre la concepción que del periodismo tuvo mi sabio antecesor y lo que trataré de exponer aquí, con sencillez, acerca de "El Periodismo como Literatura y como Magisterio". No necesitaré hacer muchos recuerdos acerca de lo que el recordado "Racso" significó para la evolución del periodismo en el Perú en cuanto utilizó éste como órgano de difusión de la cultura. Quiero decir que, en contraste con lo que se estilaba a comienzos de este siglo, en la mayoría de los periódicos del mundo, usó las páginas de su diario, "El Comercio", no como una

tribuna política, antesala o subsidiaria de una curul parlamentaria, sino con la altura que corresponde a una cátedra universitaria. No creo exagerar ni equivocarme si destacó que Oscar Miró Quesada de la Guerra inauguró en el Perú el periodismo como órgano de difusión cultural o lo que podríamos llamar "periodismo magisterial", campo éste en el cual la profesión de periodista asume responsabilidades específicas, más tranquilas que las del periodismo polémico o político, pero más perdurables por cuanto no significa el propósito de hacer triunfar una determinada orientación aniquilando a la contraria, sino el de difundir generosamente una hipótesis, como un reto para el hallazgo de la verdad o para proclamar una tesis, con la euforia de quien considera que ya la encontró.

Oscar Miró Quesada de la Guerra fue un pionero del periodismo cultural no sólo en el Perú sino en el mundo. Sus lecciones en la gloriosa y cuatricentenaria casa de San Marcos, no se perdieron en los claustros del viejo Convictorio Carolino, sino que, con proceso de aurora, llevaron su luz a todos los ambientes de la Patria desde las exclusivas academias e íntimos cenáculos, hasta el hombre plural de las oficinas y las fábricas.

Grande es mi satisfacción, repito por esta coincidencia de dedicar las palabras que siguen a "El Periodismo como Literatura y Magisterio", al ocupar el sillón académico de quien fue maestro en las tres profesiones que se hallan mencionadas en el título de este discurso.

Permítaseme ahora unir estas palabras apoloéticas a mi preclaro predecesor en la silla que me tocará ocupar y como un homenaje a esta ilustre Academia, al recuerdo de aquellos Miembros que se ocuparon del periodismo. Debo citar aquí a Don Eugenio Sellés, Don José Echegaray, Don Isidoro Fernández Flórez y Don Juan Valera, quienes no coincidieron en reconocer al periodismo como género literario, tesis defendida con ardor especialmente por Sellés

y atacada por Echegaray. Pero desde los tiempos de sus peroraciones, en el siglo XIX, el periodismo ha tomado nuevos rumbos y contra lo que muchos creen, al aumentar la responsabilidad del periodismo ha sido promovido también el lugar que le corresponde en la vida social.

Recuerdo haber leído, en una revista de principios de siglo, la crónica relativa a la inauguración del tranvía eléctrico. El periodista hombre maduro pero que en ella se exhibe como escritor progresista, comentaba eufórico el suceso con más o menos estas risueñas palabras: "El bólido de acero alcanzó la insospechada velocidad de cuarenta kilómetros por hora, refutando con los hechos las teorías de quienes consideraban que la naturaleza humana no se hallaba preparada para resistir los efectos de esa velocidad". Recuerdo que lo comentábamos en casa, no menos risueñamente, una generación después y con otro periodista mucho más joven, gran entusiasta del automovilismo, comparando el hecho con la audacia que le hizo apretar el acelerador hasta llegar a ochenta kilómetros por horas, en la recién abierta "Avenida Leguía". Era explicable. Durante siglos los hombres sólo pudieron moverse a la velocidad que daban los caballos. Había fronteras para la velocidad y con ello para la imaginación y para el arte. Sólo la vida, por corta, parecía correr de prisa. Era corta pero apacible. Hoy ocurre lo contrario. Es más larga y sin embargo más apremiada y apremiante.

Pero a estas alturas del siglo XX nada nos asombra. Para los hombres de hoy no hay Julios Vernes y cuanto de la llamada ciencia ficción ven y leen nuestros niños —y no pocos adultos— es perfectamente aceptable para nuestras mentes. Aun para las guerras interplanetarias, con cuya visión apocalíptica se hace palidecer —consciente o inconscientemente— los horrores de las guerras entre humanos.

Un poeta chino, Li Po, describía en el siglo VIII de

nuestra Era el viaje de tres astronautas a la luna, abordando de una nave espacial impulsada por cohetes. Pero han tenido que pasar mil doscientos años para que pudiéramos ver, por televisión, su alunizaje. Un día que hemos vivido, se reemplazó el corazón de un hombre por el de otro que, por ser de razas diferentes, nos recordó el prodigio de Cosme y Damián, médicos milagrosos. Ya tenemos bebés de laboratorio y como contrapartida "robots" u hombres mecánicos que reemplazan a los trabajadores de las fábricas. El progreso avanza a veces en direcciones opuestas y causa no pocas situaciones paradójales.

Lamentablemente, también hay sucesos que acusan inexplicables retrocesos como consecuencia de las abominables luchas que están incendiando al mundo a causa de un fanatismo religioso que nos empuja siglos atrás, o de regímenes totalitarios que, por su dogmatismo, están tan cerca de aquél. Que todos estos hechos puedan ser conocidos, simultáneamente, por todos los habitantes del planeta, gracias a los nuevos medios de comunicación masiva, acrece la responsabilidad del periodista y da a esta profesión dimensiones muy nuevas, lo que aquí pretendemos exaltar por cariño y respeto a una profesión en la cual nuestras raíces se hunden profundamente en el tiempo durante tres generaciones.

Esta época en que nos ha tocado vivir tiene como signo y sino la velocidad. Esta interfiere y paraliza o estimula nuestros pensamientos, propósitos y acciones. La perplejidad es su consecuencia inmediata y, en tal grado, que suele ocurrirnos que no tomamos conciencia plena de las cosas que nos dejan perplejos. Ello se debe, en parte, al hecho de estar acostumbrándonos a lo inesperado, lo inusitado y hasta lo inverosímil, así como por la frecuencia con que se suceden los hechos dignos de nuestro asombro.

Pero, ya lo dijimos, no sólo son los incesantes y hasta agobiantes progresos de la tecnología los que nos dejan

perplejos, sino también los retrocesos de la sociedad humana que no podemos dejar de considerar en el balance. Son tan frecuentes los hechos "impactantes" —para usar un término a la moda— que a veces no lo advertimos o nuestro asombro no llega al grado que merecería el suceso, porque no sólo se nos hace difícil retenerlo en la memoria, sino, lo que es peor, aquilatarlo, sopesar su importancia. Ocurre que, como en el principio de Arquímedes, cada nueva noticia desaloja de nuestro entendimiento a otras que ya habían sentado ahí sus reales. La perplejidad nos exige, pero también nos niega tiempo, sosiego y reposo. Reposo, tiempo y sosiego para que la duda que genera y la reflexión que nos conduce a la interpretación del suceso, culmine con la opinión que ella misma nos obliga a formarnos y frecuentemente a transmitir. En estos tiempos nada espera. El futuro está demasiado cerca. Y el pasado, todo el pasado, desde siglo y medio atrás, ya lo tenemos registrado en los diarios.

Todos los adelantos tecnológicos aceleran nuestros movimientos y nuestro estilo de vida, tanto individual como socialmente. Aceleran nuestras lecturas, nuestras comunicaciones, nuestras faenas cotidianas. Hoy se sale de París en avión y se llega a Nueva York el mismo día pero, conforme a nuestro reloj, tres horas antes de la partida. Se gana un día para el trabajo o para el ocio, que ambas cosas son, a su manera, útiles al hombre, si es que sabe aprovecharlos. En todo caso es un día ganado al tiempo y el hombre de hoy, más que el de cualquier otra época, necesita tiempo libre para pensar y producir. Nehru decía que ni los políticos ni los periodistas tenían tiempo para pensar y Jacques Kaiser agregaba, por su cuenta y con el bagaje de su experiencia periodística, que tampoco lo tenían los lectores.

El teléfono internacional y el télex han acortado distancias. Pero no sólo distancias. También han consumido

porciones de tiempo que antes eran requeridas pero que, ahora, han desaparecido. Horas de las que el hombre ya no dispone pues las que ganó las tiene comprometidas de antemano para otros quehaceres. Junto con el tiempo y espacio han desaparecido muchas cosas, aunque hay que reconocer que para dar paso a otras nuevas y, las más de las veces, con ventaja para el hombre. Aquello de que "todo tiempo pasado fue mejor" ha perdido autoridad para los hombres de toda edad.

La celeridad en las comunicaciones ha tenido una influencia gigantesca sobre la responsabilidad de las personas, aumentando las de unas y disminuyendo las de la mayor parte. El télex y el teléfono, por ejemplo, han abolido la autonomía de que antaño disfrutaron las autoridades políticas, con acentuación del centralismo como consecuencia y sin que obedezca a un plan gubernativo premeditado, pues la responsabilidad se concentra en el órgano central de gobierno por razones puramente mecánicas, muchas veces. Un banquero separatista de Cataluña me confesaba que desde que él podía tomar el taxi aéreo en la mañana, hablar con el Rey y regresar a Barcelona unas horas después, el separatismo había perdido su razón de ser.

Análoga cosa ocurre en las empresas que funcionan con diversas subsidiarias diseminadas en el país o ubicadas en países distintos. Tal es el caso de las sociedades transnacionales donde también se produce el mismo fenómeno de merma de autonomía y concentración de poder. En el terreno de la diplomacia el télex y el teléfono abolido la plenipotencia de los embajadores. También la diplomacia está centralizada, concentrada. En este caso se hace el fenómeno más ostensible con la llamada "diplomacia directa" y reuniones de alto nivel de Jefes de Estado y Cancilleres, posible gracias a la celeridad de las comunicaciones y medios de transporte. Debido a todo esto la diplomacia ha cambiado tanto de estilo. Se caracteriza por su ten-

dencia "parlamentarista". Se le aprecia por su democratización indiscutible. Ni lo uno ni lo otro han demostrado que garantizan la paz, pero generan confianza en los pueblos que creen en un entendimiento universal porque leen o ven en la televisión que los estadistas se abrazan en cualquier aeropuerto.

De una manera peculiar el fenómeno campea en las modernas manifestaciones artísticas. El arte se ha hecho veloz. Si no para la ejecución —aunque parezca— para la percepción que capta mucho más donde aparentemente hay mucho menos. La simplificación es una manifestación de la velocidad. La arquitectura llamada "caravista", de la que es exponente el famoso "Centro Pompidou" de París, el exhibir los intestinos de sus edificaciones, induce a imaginar economías que no han tenido lugar y ni siquiera han sido concebidas. El propósito del arquitecto es muy distinto. Es posible que, funcionalmente, resulten beneficiados los ocupantes del edificio, pero no ocurrirá lo mismo con el transeúnte que sólo encuentra en la fachada versiones externas del interior desnudo de las fábricas donde dejó sus sudores. Pero no por eso tendrá menos sugerencias.

La estatua deliberadamente inacabada puede dar la falsa sensación de tiempo ahorrado por el artista y de tiempo ganado por el que la contempla. Esto también es inexacto en el fondo, pero la sensación que nos produce es inegable. La verdad es que la escultura moderna reclama más tiempo para nuestra observación y estimula mejor nuestra imaginación. El fenómeno ya lo experimentamos al contemplar algunas estatuas griegas o romanas sin cabezas o sin brazos, cuya mutilación, por el transcurso del tiempo y las depredaciones guerreras, queda superada por la idea de lo que pudo ser.

La pintura puede ofrecernos ejemplos más ricos todavía. El color y la línea brindan sugerencias infinitas. No podemos ocuparnos de todos los movimientos que han revo-

lucionado este campo artístico. Entre la pintura tradicional, naturalista y retratista y la pintura moderna puede verse una diferencia similar a la que existe entre un paisaje y un celaje. ¿Quién hubiera pensado que los desperfectos de nuestros televisores denunciarían los secretos del impresionismo y hasta las claves de la pintura del presente? El famoso "Guernica" de Picasso sin recurrir a los colores da una sensación de angustia, movimiento, velocidad y perplejidad que no tiene parangón. Que no hay pintura sin color, es una teoría y nada más. En nuestros días Fernando de Szyslo hace surgir formas nuevas con el empleo de computadoras, porque "el ahorro del tiempo —confiesa él— es increíble".

¿Qué decir de la poesía en la que los vocablos adquieren autonomía, se estiran elásticamente como frases en nuestro entendimiento o como fuegos de artificio estallan en formas iluminantes que exigirían muchas páginas de prosa para decir cuánto expresan o sugieren? No fue esto desconocido por los clásicos, pero halla en los poetas modernos efectos insospechables.

La "música concreta" y la "música electrónica", al independizarse de la melodía y la armonía, como antes la poesía de la rima y del ritmo, están llegando aun más allá que las otras artes en el vertiginoso proceso que la tecnología impone como un reto al vuelo y a los recursos de nuestra imaginación.

Pienso ahora que la pretendida deshumanización del arte fue una observación original en el tiempo en que fue formulada, pero tuvo un alcance limitado como tesis. No siento deshumanizado el arte de nuestros días, sólo lo siento como un arte para el hombre de hoy. Un arte acelerado y violento, como los hombres de hoy. En el ejemplo que hemos puesto del paisaje y el celaje, el celaje no está deshumanizado. Es ajeno a nuestras figuraciones, pero lo contemplamos, con ojos humanos, protagónicamente. La

contemplación del celaje puede embelesar a quien por falta de cultura no podría apreciar una pintura no figurativa. El paisaje es quietud, el celaje proceso y en nuestras latitudes un proceso veloz.

El periodismo moderno no escapa al fenómeno que hemos intentado explicar y quizás es el factor de mayor influencia y el campo donde se destaca. Debemos desde luego decir que no sólo nos referimos al periodismo escrito, sino también al que se practica a través de la radiotelefonía y la televisión.

Ambos se complementan, pero no podríamos abarcar tanto. Ello nos conducirá a un tratado sobre ciencias de la comunicación que estudian tan a fondo esta aceleración de la conducta humana y sus consecuencias. Particularmente por el periodismo que, en esta ocasión, vamos a identificar con el diarismo, su forma por excelencia, dejando constancia de nuestro respeto por las demás publicaciones periódicas, especialmente las revistas de actualidades —tan caras para nuestros filiales recuerdos— así como del periodismo radial y televisado.

El periodismo ha tenido que adaptarse al vértigo de velocidad de nuestra época. Mas no sabría sostener si es sólo adaptación o también generador del nuevo ritmo de nuestras vidas. Empezando por sus propios medios mecánicos de producción de la noticia, para poder cumplir la función que le toca como auténtico servidor de la comunidad. Hugh Thomas ha destacado magistralmente la función que hoy desempeñan los medios de comunicación y Solzhenitzen atribuye al periodismo moderno la responsabilidad de haber unificado repentina e imperceptiblemente al mundo.

Pero al asumir hoy el diarismo esas funciones ha asumido también una proporcional responsabilidad. De ella estamos orgullosos quienes nos sentimos periodistas y no pretendemos ni negarla, ni eludirla, ni abdicar de ella. Tal

responsabilidad, qué duda cabe, la tuvo el periodista desde que se fundó la primera publicación periódica en la Roma imperial. Pero fue una responsabilidad que en los dos siglos precedentes al nuestro, estuvo identificada con una persona, un escritor o un político, generalmente ambas cosas a la vez. Las complejidades del diario moderno ya no permiten esas identidades. No cabe ya, como antaño, que el dueño del diario llene todas o casi todas sus páginas. Hoy en un diario moderno no sólo cada página, sino cada columna, reclama especialistas. La variedad de sucesos que hacen noticia obliga a ello. No escapa ni la columna editorial. No obstante el periodismo, como profesión liberal, sigue y seguirá siendo identificado con cada individuo mientras subsista el sistema democrático y donde éste se practique.

El periodismo continúa siendo antropomórfico. El diario no se identifica ni con una máquina, ni con un edificio, ni con una compañía. El diario que no se identifica con un hombre o grupo humano, con un partido, con una iglesia, carece de opinión y la opinión que no obedece a una idea, poco es lo que influye en los campos que nos preocupan. Jacques Kaiser, que solía llamarnos "amigo, colega y cómplice" cuando se discutían en las Naciones Unidas los proyectos de la "Convención sobre Libertad de Información", sostenía que la relación entre el periodista y sus lectores exige tanta confianza como la relación entre el médico y sus pacientes.

Mas lo que realmente tenemos la intención de destacar aquí son las esencias de esa responsabilidad en el plano estético y en el plano moral, es decir, del periodismo como género literario y del periodismo como magisterio. En ello estriba su diferencia con la de otros escritores, como el novelista, el ensayista o el poeta, que no asumen responsabilidades directas ante el público, y por ello quizás pueden usar más holgadamente de su libre albedrío y hasta de su lenguaje.

Mi vocación ha hecho que sienta como una obligación tratar de ellas hoy, ya que siempre las encontré vinculadas y a ellas debo el honor de haber llegado a los altos estrados de esta corporación ilustrísima por acto generoso, que me agobia, de los señores académicos. Si el periodismo constituye o no un género literario es tema que ya fue debatido en la Real Academia Española como hemos recordado ya, sobre todo al recibirse en ella a Don Isidoro Fernández Flórez, que afirmaba que sí lo era y Don Juan Valera que lo negaba. Yo me adhiero a la opinión del primero.

Se dijo entonces que un escritor puede ser literato o periodista o ambas cosas a la vez y que raro será el escritor que no haya debutado como periodista, y raro también el que haya abandonado el periodismo totalmente. Pero hay algo fundamental que distingue al periodista: es el tiempo en que escribe y el público para el cual escribe. El tiempo, que aquí menciono en el sentido de urgencia, de premura, lo identifica con la actualidad; y la actualidad para el periodista es la noticia. Pero el enfoque del suceso y su modo de difundirlo está ligado tanto a su talento como a su moralidad y su circunspección, es decir, a su responsabilidad frente al suceso y la opinión pública. Todo esto lo obliga a adoptar modalidades particulares. El periodista no trata de hacer literatura, pero la hace y debe hacerla, sólo que es una literatura peculiar, oprimida por la urgencia y el espacio que le está reservado y, simultáneamente, por el corto tiempo de que disponen los lectores. Lo que caracteriza un género literario es la forma. No es ni el fondo ni el tema. ¿Cómo no reconocer que la producción de un periodista pertenece a un género peculiar? ¿Dónde colocaríamos a Mariano José de Larra, para sólo citar a un clásico del periodismo en castellano? ¿O al recientemente desaparecido Raymond Aaron, filósofo, sociólogo, historiador, ensayista, profesor, pero a quien se seguirá recordando siempre, y ante todo, como el periodista inspirador de "L'

Express". Y entre nosotros, el libro peruano de mayor hondura e influencia social, los "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana" de José Carlos Mariátegui, tuvo, como él mismo reconocía, su origen como artículos publicados en "Mundial".

Es cierto que no todos los diarios tienen el mismo público ni todos los periodistas los mismos lectores. También lo es que no siempre la mejor literatura es la que goza de más popularidad. Pero este fenómeno, esta pugna entre lo cualitativo y lo cuantitativo es común a todas las manifestaciones del espíritu, trátase de literatura o cinematografía, por ejemplo. Hay hoy un nuevo estilo periodístico que halaga a la masa con su vocabulario plagado de germanías y un gusto sensacionalista que endurece su sensibilidad con la magnificación de aberraciones o catástrofes que, por su lejanía, podrían no tener ningún interés para el público lector, si no hubieran sido expuestas en términos que horrorizarían a nuestros progenitores y maestros o si no hubiera la inmediatez con que se dan el suceso, la noticia, la visión o la lectura y la impresión que causan.

Hoy hay en todos, jóvenes y viejos, más información, pero menos madurez. Esto tiene que ver algo con la celebridad y perplejidad que nos agobian, de lo cual ya hemos tratado al comienzo, pero tiene también mucho que ver con la responsabilidad magisterial que toca asumir al periodista. Por razones que escapan a mi comprensión, la gente de nuestro tiempo abdica de su edad. La abdicación se advierte en el modo de vestir, de comportarse, de hablar. Inclusive en el trato entre pares e impares. En el trabajo, las tertulias, en los parlamentos y conferencias diplomáticas. ¿Recuerdan ustedes el zapatazo de Krushev en las Naciones Unidas? Naturalmente, también en las lecturas. Sólo así se explica que haya tantos adultos que se deleitan con las tiras cómicas o contemplando dibujos animados en la televisión y el cinema. Quizás sea porque la complejidad

de la vida moderna, la acumulación de noticias aterradoras por cruentas o depravadas nos conduce a buscar lo más fácil. La "ley de Gresham" —la moneda mala que desaloja a la buena— tiene aplicación en todos los campos del entendimiento. Existe, reconozcámoslo, cierto placer en estos retrocesos en el túnel del tiempo de cada persona.

Volvamos la vista hacia ciertos ángulos del periodismo para apreciar su calidad como literatura y su responsabilidad como magisterio. Empecemos por enfocar la materia en el marco de los derechos humanos. La que todos conocemos y seguimos llamando "libertad de prensa", está mencionada en el Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, en la Declaración Universal de Derechos Humanos, en el Pacto Internacional sobre Derechos Civiles y Políticos y en casi todos los instrumentos internacionales que se relacionan con este capítulo que está transformando el Derecho de Gentes y convirtiéndolo en Derecho Constitucional Ecuménico. Pero, para muchos, puede haber pasado inadvertido un cambio sustancial de vocabulario que también es una cuestión de fondo, pues lo que se llamó siempre libertad de prensa y ha sido cuestión tan debatida durante siglos, se denomina ahora "libertad de información". Aparentemente es una diferencia lexicográfica baladí, pero, repetimos, se trata de dos cosas muy distintas. Quizás sí antinómicas "La noticia, decía Eugenio Sellés, ha desplazado la discusión".

La libertad de prensa es esencialmente el derecho de imprimir y publicar una idea para difundirla con un fin determinado. Se cumple con informar, pero la información por sí sola no puede concebirse como un fin, sino como un medio que conduce a un objetivo. Se le alcanza aún sin quererlo. En este diálogo con el público estriba la diferencia del periodismo con otros escritores. Por eso el concepto "libertad de prensa" contiene el derecho y hasta la obligación de dar la noticia como merece, esto es, interpre-

tarla, determinar sus causas y consecuencias y, finalmente, opinar para orientar al público. Eso sí, con la más amplia libertad sin más coacción o censura, que las que impongan la responsabilidad del periodista. No es suficiente enterar, es menester ilustrar. No todos pueden leer un texto de igual modo, ni con igual estado de ánimo, ni con igual capacidad de asimilación. Por eso la noticia reclama ir acompañada por la función magisterial. Hay falta de responsabilidad si esto no ocurre.

Pero donde la información sola, despojada de todo lo demás, puede dar resultados negativos máximos es cuando se vale del sensacionalismo, cuando lo explota en titulares que generalmente exageran. Son esos titulares que “hacen impacto” como si fueran proyectiles. La palabra alemana para estos titulares, “Schlagerwörter”, que quiere decir “palabras que golpean”, nos exime de mayores comentarios.

Todo el que escribe dialoga. El más misántropo de los filósofos dialoga cuando escribe. El escritor siente la necesidad de comunicarse con los demás. Lo siente el novelista y el poeta, el ensayista y, quizás en mayor grado, el dramaturgo. Que la poesía tiene tres voces: la primera es la que el poeta emplea para hablar consigo mismo; la segunda es la voz del poeta dirigida a una audiencia determinada; la tercera es la que el poeta pone en un personaje de su invención, decía Eliot en su ensayo sobre “Poesía y Poetas”. Pero, ¿comunicarse para qué? Porque sin comunicación no hay sociedad y el hombre no tiene vocación de Robinson Crusoe. Pero, para el que escribe para un periódico, es decir, para un periodista, el hecho de la comunicación no sólo se presenta como un anhelo, sino como una obligación. Todo otro escritor intenta transmitir una idea, un mensaje, una teoría, un hallazgo o simplemente un relato obra de su invento o de su fantasía. Cuando escribe sabe quiénes lo han de leer y espera la respuesta —que muchas veces tarda— en la crítica literaria, en la refutación científica, en

la polémica o el éxito de librería. Pero si en alguna forma intenta influir, esto ocupa en su literatura un lugar, mejor un tiempo que se aleja de su creación.

Este diálogo adquiere su máximo grado de intensidad en el caso del periodista que se dirige a un público mucho más numeroso, heterogéneo, no identificable, que está esperando rutinariamente su editorial, su artículo o su crónica y que cuando está de acuerdo permanece callado y en caso contrario le saldrá enseguida al paso. Esto es lo que más acentúa la función magisterial en el doble campo que la profesión le ofrece por el contenido y forma de su obra periodística que deviene servicio a la colectividad, tanto como obra literaria, como por su misión magisterial.

“La prensa —decía hace ciento cincuenta años Alexis de Tocqueville— es, por excelencia el instrumento democrático de la libertad”.